

## ESCENA XII

SOL, luego ANTONIO.

ANTONIO.—(Por la izquierda.)—SOL... (Pausa)  
Sol, perdóname.

SOL.—¡¡No!!

ANTONIO.—Entiéndelo: perdona mi presencia. Nada más que por eso te pido ahora perdón.

SOL.—¿A qué vienes?

ANTONIO.—Primero, a verte; después ya no lo sé...

SOL.—No añadas la burla, Antonio. Di lo que deseas, si es que deseas algo, y acabemos.

ANTONIO.—Pronto lo dices... pero en tu mano está el que terminemos pronto; que cuando tú lo dispongas yo habré concluido, irremediablemente concluido.

SOL.—Déjate de palabras, que ya sé lo que valen en tus labios. ¿Por qué has mentido, Antonio?

ANTONIO.—He callado...

SOL.—Es igual.

ANTONIO.—Es igual. Y si no miento, ¿qué habría pasado? Con tus padres, ya lo ves tú mis-

ma... Sin una queja contra mí, y después de once años, no vacilaron ni un segundo para tratarme en criminal y en réprobo. Contigo... ¿qué hubiera pasado contigo? No luchas ahora, que defiendes marido e hijos... ¿e ibas a luchar antes por un cariño de novios nada más?

SOL.—Tú estabas en la obligación de ser leal conmigo.

ANTONIO.—¿Y decírtelo?... ¿Para que me rechazaras?... No, no...

SOL.—Para que te rechazara, si; eso era lo honrado. Y entonces hubieras merecido mi estimación, que ahora no la siento por tí.

ANTONIO.—Sol...

SOL.—¡No la siento! Es una infamia lo que hiciste con nosotros; una infamia la que heredarán tus hijos, y una infamia eterna la que me aguarda a mí. Pues todo eso, todo, me parece que no es nada todavía al compararlo con la desilusión, con el desencanto, con la amargura inmensa de persuadirme de que el hombre leal y querido no es más que un hombre villano y despreciable.

ANTONIO.—¡Sol!

SOL.—Un hombre que miente, que engaña y que jamás debió quererme, cuando tan decidido

fué para causarme tal injuria. ¡Que de haberte inspirado yo algún sentimiento noble habrías tú hecho el sacrificio de todo, incluso de renunciar a mí, antes que llevarme al engaño y a la vergüenza!

ANTONIO.—Y fué al contrario... Lo arriesgué todo, lo jugué todo, y no me arredró nada, con tal de no renunciar a ti... Era el amor tan grande que todas las demás cosas, absolutamente todas, se empéquenecieron a su lado.

SOL.—No lo digas, que tu engaño fué inicuo.

ANTONIO.—Inicuo, es verdad; ni siquiera trato de justificarlo. Pero no estoy acusado de robo, ni de asesinato... Mi culpa es de amor... mi crimen es de amor... y mi condena, la que tú me impongas, ¡condena de amor tiene que ser!

SOL.—(Avanzando.)—¿Y si es cierto que me querías?...

ANTONIO.—(Deteniéndola con el ademán.)—Quieta ahí, quieta. Que ahora ya empiezo a saber claramente lo que necesito yo decirte. ¿Tú aún me preguntas si yo te quería?... Vamos a verlo, vamos a verlo. Mi posición social es como la vuestra.

SOL.—Mayor.

ANTONIO.—Pongamos que están equiparadas.

Luego es evidente que no me casé contigo por esa vanidad pueril de emparentar.

SOL.—¡Claro que no!

ANTONIO.—Bien; por riqueza tampoco...

SOL.—¡Tampoco!

ANTONIO.—Bien. Luego es evidente que no me casé contigo por avaricia. Pude haberme casado por el capricho de lograr una mujer hermosa y deseada... Que no era capricho te lo demuestra el tiempo que llevamos unidos, con la misma ilusión de amante que el primer día... ¿Es cierto?... ¿Sí o no?...

SOL.—(Yendo a él.)—Sí, Antonio...

ANTONIO.—Quieta, quieta. Pero este es el amor de ayer; ahora te voy a demostrar el amor de hoy. Eres desgraciada por mi causa; no lo serás por dificultad ninguna que te ponga en tu camino; que yo me someto, incondicionalmente, sin réplica y sin protesta, a la decisión que tú elijas. Y lo que tú resuelvas—¡sea lo que sea y por amargo que ello sea...!—lo que tú resuelvas, eso ha de ser lo que yo cumpla sin vacilar.

SOL.—¿Sea lo que sea?... ¿Sabes a lo que te obligas? ¿De modo que si acuerdan separarnos?...

ANTONIO.—Si acuerdan, no; si acuerdas... que a ti me rindo, pero no a los demás.

SOL.—¿Y si yo lo digo?...

ANTONIO.—Separados.

SOL.—¿Y no vernos?

ANTONIO.—Nunca.

SOL.—¿Y al encontrarnos casualmente?

ANTONIO.—No será posible; marcharé de aquí...

SOL.—¿Y los hijos?...

ANTONIO.—Tuyos son.

SOL.—¿Quedarán a mi lado, conmigo?...

ANTONIO.—Contigo, que es lo justo. Y con la mayor parte de mi fortuna.

SOL.—(Severa).—¡Antonio!

ANTONIO.—Que les dejo a ellos. También es justo.

SOL.—¿Y no intentarás verlos ni escribir?...

¿Tendrás valor para tanto?...

ANTONIO.—Lo tendré. Y si alguna vez te preguntan por mí, les dirás la verdad, diciéndoles que he muerto.

SOL.—¡No!

ANTONIO.—(Scrñendo).—Ya verás cómo se lo dices... ¡y con qué fundamento se lo dices!

SOL.—(Echándose a él).—¡Antonio!...

ANTONIO.—(Cogiéndola amorosamente).— Pero si esto ha de ser, no es mucho el suplicarte que vayas a esa determinación bien enterada. Tu madre acudió al confesionario. Ella te dirá lo que su conciencia le dicte... o lo que le haya dictado a su conciencia. Tu padre se asesoró de canonistas y civilistas; el te dirá las leyes que hay... y quizás las leyes que haría falta que hubiera.

SOL.—¿Y tú?... ¿Qué dices tú?

ANTONIO.—¿Yo? ¿Quieres saber lo que yo te aconsejo?

SOL.—Si.

ANTONIO.—Dí que lo quieres.

SOL.—Lo quiero.

ANTONIO.—Pues óyela. —(La abraza lentamente, intensamente y la besa).—¿La oyes?...

¿La oyes?

SOL.—(Acongojada, sin fuerza para resistir).

—Antonio... Antonio...

ANTONIO.—La razón de conciencia, la razón legal ¡la de ellos! y la tuya y la mía, la razón de amor.—(Apartándose).—¡Resuelve tú, Sol, resuelve tú!

(Y mutis por la izquierda)

## ESCENA XIII

SOL y PRIMITIVA, por el foro.

PRIMITIVA.—Señorita, el Eminentísimo quiere verla y ya ha pedido el coche para venir. No se decida sin oírle, que él sabe más que todos.

SOL.—(Qué permaneció inmóvil, y anonadada).—No tienen razón...

PRIMITIVA.—¿Quiénes?

SOL.—Ellos.

PRIMITIVA.—¿Pues quién la tiene?

SOL.—Él.

PRIMITIVA.—Ya se lo dije yo. Y verá como se lo dice también el Eminentísimo.

## ESCENA XIV

DICHOS: ESPERANZA y SANTA, por la derecha.

ESPERANZA.—¿Supongo que estará todo terminado entre vosotros?

PRIMITIVA.—Aún ha de hablar el señor Arzobispo.

ESPERANZA.—Él sí; tú, no.

PRIMITIVA.—Bueno, sí, señora; me le callaré con mucho gusto.

## ESCENA XV

DICHOS: ACISCLO, el DOCTORAL, TIRSO, el PADRE MUIÑOS y ANTONIO, por la izquierda.

TIRSO.—Dios nos ha oído; no habrá escándalo.

DOCTORAL.—Bastó una palabra para entendernos con el señor Marqués. Se aviene a todo y acepta sin discusión todo lo que propongamos.

PADRE MUIÑOS.—Y proponga la señora Marquesa.

DOCTORAL.—Es lo mismo.

P. MUIÑOS.—No lo dije como diferente, sino recordando las palabras del señor Marqués.

ANTONIO.—Esas fueron, Padre Muñós.

DOCTORAL.—En sustancia, hemos acordado que los hijos quedarán en poder de la madre y que el señor Marqués se ausentará hoy mismo de Campana, comprometiéndose por escrito a no volver nunca y a no comunicarse de modo alguno con ustedes. Para los efectos de esta separación y por lo definitiva, más que ausencia, será muerte... ¿Se ratifica usted?

ANTONIO.—Sí. Que ella lo mande.

DOCTORAL.—Usted dirá ¿señora Marquesa?...

ESPERANZA.—Que aceptamos.

SANTA.—(*Echándose a Sol*)—¡Ay, no! ¡Eso no lo aceptes tú!

SOL.—¿Por qué, Santa?

SANTA.—Porque es horrible lo incierto. Porque no hay pena ninguna que pueda compararse a la de aguardar una pena que no vino hoy, pero vendrá mañana... o mañana... o mañana... ¡No! ¡Eso no!

SOL.—¿Y entonces?

SANTA.—No lo sé. Perdonaos...

TIRSO.—¡No!

ESPERANZA.—¡No!

SANTA.—¿No? ¡Pues mataos! ¡Pero de una vez, de una vez! ¡No dejéis pendiente la vida de una ausencial! Acuérdate de mí, Sol; acuérdate de mí!

SOL.—¿Toda la vida como tú? ¡Ay, qué espantol!

(*Abraza a Santa, desesperada.*)

DOCTORAL.—Claro que es preferible liquidar las situaciones; pero aquí nos falta la posibilidad de hacerlo... y lo único viable, es lo que proponemos, ya que, por desgracia, el matrimonio es nulo.

SOL.—No...

ESPERANZA.—¿Qué dices?

TIRSO.—¿Te has vuelto loca?

DOCTORAL.—Hay el error inicial que lo invalida todo...

SOL.—No, no hay error...

ACISCLO.—¡Evidente!

SOL.—(*Desprendiéndose ahora de Santa.*)—  
¡No... ninguno, ninguno, ninguno!

TIRSO.—¡¡Sol!!

ESPERANZA.—¡¡Sol!!

ACISCLO.—Usted, como todos, se ha engañado...

SOL.—No, yo no. Para engañarme, sería preciso que hubiera hecho algo por mí y todo lo hice con anuencia y con aprobación de ustedes, aconsejada por ustedes y dirigida por ustedes. ¡Si hay error, es de ustedes; mío, no; y si hay culpa, es de ustedes; mía no, no, no!

ESPERANZA.—¿Será posible que discurras así?

SOL.—Así, así. Cuando he sentido una inclinación afectuosa por ese hombre, yo no me dejé llevar de mis sentimientos, ni fui a él por mi exclusiva voluntad, sino que acudí a vosotros. Y tú, padre, y tú, madre, los que en la tierra sois todo para mí, me dijisteis que podía ir confiadamente a ese cariño.

TIRSO.—Eso creíamos.

SOL.—¡Pues si lo creíais vosotros, que érais los únicos para guiarme, no hubo error en mí, no lo hubo!

ANTONIO.—(Abrazándose al Padre Muiños.)  
—¡La vida lucha con la muerte, Padre Muiños!...

SOL.—Pero esto no fué bastante y yo, mis padres y yo, acudimos al Juez para que legalizara nuestra situación y el Juez me dijo que podíamos casarnos con la garantía de la Ley.

ACISCLO.—Nos pareció que los documentos venían en regla...

SOL.—¡Pues si ustedes se lo consultaban y a ustedes se lo pareció, no hubo error en mí, no lo hubo! ¡Pero todavía no bastó con esto!... Y autorizada por mis padres y legalizada por el Juzgado, aún quisimos que lo santificaran por la Iglesia. Y como el Juez me dijo: «en nombre de la Ley...», el Cardenal me dijo: «y en nombre de Dios, casada quedas, Sol de San Payo...»

DOCTORAL.—Ignorábamos el impedimento...

SOL.—¡Ignorábamos, ignorábamos! ¿Y es razón para destruir una familia el decirme que ustedes ignoraban, cuando la obligación de ustedes es saber?... ¿Ahora que tengo la vida hecha, el amor consagrado y los hijos en el mundo,

ahora vienen ustedes a decirme que hay un artículo: el 32 o 332, que lo anula todo? ¡Ay, no! ¡Contra eso me rebelo!

TIRSO.—¡Soll!

ESPERANZA.—¡Hija mía!

SOL.—Ustedes se equivocaron antes... ¿Quién me garantiza que no se equivocan ustedes ahora otra vez? ¿Quién? Y si obedezco y después resulta que se equivocaron... ¿quién de ustedes me devuelve la vida feliz que ahora echamos al arroyo y al fango del arroyo?... ¿Quién? ¿Quién?

DOCTORAL.—Desdichadamente, no hay duda ninguna...

SOL.—¡Tampoco la hubo antes!

ACISCLO.—Y la legislación está muy clara.

SOL.—También lo estaba antes.

TIRSO.—No discutas, Sol...

SOL.—No, yo no; que lo discutan ellos; pero mientras, no les dejo en prenda mi amor y mi vida. ¡Antonio, defiéndemel!

ANTONIO.—¡Soll!—(Recogiéndola y llevándosela.)—Mía era y mía vuelve a ser... ¡Dejadla en mi por caridad!

ESPERANZA.—(A Tirso.)—Tirso, Tirso...

TIRSO.—¡Esperanza!

ESPERANZA.—En pecado estamos... Que el Señor nos deje tiempo para arrepentirnos.

TIRSO.—Amén...

ACISCLO.—Es muy sensible que se coloquen ustedes fuera de la Ley...

SOL.—¿Fuera de la Ley?

ANTONIO.—No temas; el mundo es muy grande y otras leyes nos ampararán.

PRIMITIVA.—¿No le dará dolor dejar su casa tan preciosa?

SOL.—¿Mi casa?

ANTONIO.—¿Y tu casa no estará en donde quiera que tengas amor y paz?

PRIMITIVA.—¿Pero dejarnos a todos?... ¡No marche, no! ¿Quién le va a dar el caldiño que le gusta tanto? ¿Quién le va a despertar para la misa temprana de las monjitas?

DOCTORAL.—No será menester que la despierten para eso; que no ha de ir al Santo Sacrificio, ni recibirá Sacramentos.

PRIMITIVA.—¡Ay, Madre de Dios!

SOL.—¿Que me negarán los Sacramentos?

DOCTORAL.—Si usted se coloca fuera de la Iglesia y en rebeldía contra sus mandatos..., mientras no vuelva arrepentida...

SOL.—(*Pidiéndole siempre defensa.*)—¿Antonio?

ANTONIO.—Con el alma pura, Dios no te apartará de sí.

TIRSO.—¿Y nosotros? ¿El nombre venerable de los San Payo sufrirá ese baldón?

SOL.—¿El nombre?

ESPERANZA.—¿En la familia del señor Cardenal Arzobispo de Campanela, habrá un hereje?

SOL.—¡Madre!

ANTONIO.—(*Al Padre Muñós.*)—¡La garra, Padre Muñós! ¿No ve usted la garra, clavándose ya en la carne?

ESPERANZA.—¿Qué les diremos a tus hijos cuando nos pregunten por tí?

SOL.—¡Mis hijos!

TIRSO.—Y si te los llevas, ¿qué les dirás tú de nosotros?

SOL.—¿Mis hijos, Antonio?

ANTONIO.—Puedes decirles que un poco más allá, salvando sólo una línea de frontera, tendrán padre y madre y situación legal y honrada.

DOCTORAL.—¡No la tendrán! Legal, sí; honrada, no: cristiana, no. Y ustedes serán siempre los réprobos... ¡y a usted, sus hijos la acusarán mañana de vivir en pecado!

SOL.—¡No, vivir en pecado, no! Llevar el anatema sobre mí y sobre los míos, no. ¡Quiero vuestra paz! ¡Quiero vuestras leyes! ¡Y quiero también la muerte que nos dais con ellas! (*Echándose desconsolada en brazos de doña Esperanza.*) Obedezco, madre. Decidle vosotros que se ausente de Campanela.

ANTONIO.—¡Ya está clavada la garra! ¡Misericordia, Padre Muños.

P. MUIÑOS.— (*Abrazándole.*) — Resignación, hijo mío.

ESPERANZA.—Dios nos asiste. Bendito y alabado sea.

(*Tiro.*)

SOL.—¡Antonio! ¡Antonio!

DOCTORAL.—¡Se ha matado!

ACISCLO.—¡Se ha matado!

SOL.—No; lo matáis vosotros.

ANTONIO.—Vosotros, que no dais más que una fórmula de muerte a la Humanidad que os pide una fórmula de vida... y la Humanidad quie... quie...

SOL.—¡Antonio!

ANTONIO.—Quiere vivir... vi... vir... vivir...

(*Muere.*)

SOL.—¡Antonio! ¡Antonio! ¡Vive! ¡Vive!

ESPERANZA.— (*Queriendo separarla.*)—¡Soll!

TIRSO.—¡Hija!

PRIMITIVA.—¡Señora!

SOL.—¡Fuera todos! ¡Todos! ¡Dios, él y yo nos bastamos en la muerte! ¡Quién sabe si también nos hubiéramos bastado para la vida!

ESPERANZA.—¡Soll!

SOL.—¡Antonio! ¡Antonio!

P. MUIÑOS.— *Si sis dispositus, ego te absol...*

DOCTORAL.— (*Deteniéndole la acción de bendecir.*)—¡No!

P. MUIÑOS.— (*Muy suavemente, pero con firmeza.*)— *Si... sí... Ego te absolvo in nomine Patris et Fili et Spiritus Sancti.*

TELÓN LENTO, QUE EMPEZÓ A CAER EN EL PRIMER

«EGO TE ABSOLVO»